

nella giovinezza, campi di battaglia del simbolico. Ci si interroga così sull'immagine di una gioventù inquieta o ribelle dell'Ottocento, di «figli» che si ribellano ai «padri» in diverse nazioni: *Giovani ribelli e rivoluzionari (1789-1917)* di S. Luzzatto; vi si tracciano le linee di un'educazione aberrante per «rispondere al desiderio del Führer»: *Soldati di un'idea: i giovani sotto il Terzo Reich*, di E. Michaud. Due dibattiti sui giovani nell'Italia fascista e negli Stati Uniti degli anni cinquanta di L. Passerini. Alcuni studi, infine, mediante fina analisi iconografica e filmica, cercano di rilevare l'età, le tipologie di giovani, le strategie della differenziazione, le qualità del corpo giovane, così, *Gli emblemi della gioventù: la rappresentazione dei giovani nel Medioevo* di M. Pastoureau e *Immagini di gioventù nell'età moderna* di G. Romano. L'Italia fascista, infine, offre immagini abbondanti per lo studio dell'efebò «giovane d'età e bello nella persona», dell'atleta simbolo dello «stile fascista», del Duce, «il più giovane di tutti noi», come fa L. Malvano in *Il mito della giovinezza attraverso l'immagine: il fascismo italiano*.

I collaboratori dell'opera, con all'attivo altre pubblicazioni in merito, esibiscono un'ampia informazione, anche se quelli di lingua francese ignorano gli studi tedeschi. L'approccio ai giovani avviene sia in chiave di lettura socio-culturale (o sovrastrutturale), mediante analisi del vissuto giovanile, con un serio impegno interpretativo. Ma il ricorso a nuovi modelli concettuali, come le rappresentazioni simboliche, anche se spesso si rivela significativo, quanto contribuisce alla verità storica? Altrettanto bisogna domandarsi circa l'uso di fonti, quali autobiografie, romanzi, films, specie se uniche e interpretate, talora, non correttamente. Contenutisticamente, il mondo dei giovani appare esorbitante rispetto a quello delle giovani, alla ricerca in ambiti profani (dove il «religioso»

vi appare per lo più al negativo) si sarebbe potuto affiancare con reciproca utilità quella in ambiti religiosi, una esagerata esaltazione della giovinezza, inoltre, non è controbilanciata da una chiara prospettiva sull'età matura, la «liminalità» può sembrare un assoluto, non sempre, infine, il contesto è adeguato. Ma ciò che più colpisce in un'opera, per non pochi aspetti pregevole, è l'orizzonte di valori troppo angusto (a parte il taglio «classista» dello studio sulla gioventù operaia), in cui il dato, sia pure brillantemente descritto, appare, per una sua valutazione, privo di riferimento ad autentici valori.

O. Pasquato

Vittorio MESSORI, *Las leyendas negras de la Iglesia*, Planeta, Barcelona 1996, 267 pp.

La lectura de este libro recuerda lo que suelen afirmar los grandes investigadores: *La mejor defensa de la Historia de la Iglesia consiste en estudiar seriamente los documentos*. Para llegar a la verdad histórica, se necesita estudiar e investigar muchos años.

Evidentemente Messori demuestra haber estudiado seriamente la evangelización de América, y en concreto la vida y obra de Bartolomé de Las Casas. También es hondo el trabajo sobre Galileo. En ese sentido, ha hecho lo que denominan algunos «periodismo de investigación». Es sorprendente la claridad y gracia con la que se expresa, la agilidad y capacidad de comunicar. Como el mismo Autor reconoce en el último capítulo, gran parte del mérito hay que atribuírselo al Prof. Franço Molinari, que le asesoró. Efectivamente es un mérito, porque las cuestiones abordadas en esta obra son hondas, y sólo con un buen maestro se puede desentrañar la madeja de la historia en poco tiempo.

En ese sentido este libro encierra una gran enseñanza: es capital que los historiado-

res dediquen parte de su tiempo a divulgar, con ensayos breves y asequibles, sus muchos conocimientos. Así se tardaría menos tiempo en dar acceso al gran público a la verdad histórica; de este modo pasarían síntesis de los grandes maestros hasta los manuales y de ahí al acervo común. Con esas aportaciones, muchas leyendas se desvanecerían antes.

El hecho de la especialización, que se ha extendido a todos los campos del saber, hace más necesaria esa tarea de divulgación de los historiadores. Se hace difícil que una sola persona sea capaz de recorrer tantos siglos de nuestro pasado con la misma altura científica y rigor para deshacer el error histórico, que toda leyenda negra lleva consigo. En Historia, es importante situar los asuntos en sus coordenadas, para lograr entender su lógica interna. Acceder con hondura a cada siglo lleva muchos años de investigación.

Se agradece que Messori haya aprendido la feliz aserción del Prof. Morales Padrón: «ni leyendas negras ni leyendas rosas», y en ese sentido el libro puede ser de utilidad en los temas hondamente tratados. Es un buen reto para los historiadores: cada uno desde su campo debe divulgar esclareciendo la verdad histórica.

J. C. Martín de la Hoz

José ORLANDIS, *El Pontificado Romano en la Historia*, Palabra, Madrid 1996, 335 pp.

El Prof. José Orlandis Rovira no necesita presentación en el foro de los historiadores del Medioevo o de la Antigüedad Tardía. Preparado como pocos —en su calidad de jurista, de catedrático de Historia del Derecho y de investigador con indiscutible *auctoritas*—, para comprender precisamente la historia de las instituciones, el Pontificado Romano se brinda ahora a su madurez científica como un reto amable cuando concluye el milenio.

El libro no es biográfico, interpretando aquí como biografía un posible recorrido por la galería histórica de los pontífices contemplando sus retratos y ponderando sus personalidades. Tampoco es una historia de la Iglesia «sub specie Summorum Pontificum». Es —diría yo— un epítome sapiencial que se encuadra por el tema y por la opción de su autor en el campo concreto la de «historia de las instituciones». Naturalmente se evocan los contextos civiles, eclesiásticos, sociales y culturales que se han ido sucediendo para acoger la más venerable institución de la «vetus Europa»; pero —es preciso insistir— la ságoma elaborada en estas páginas con sobresaliente armonía corresponde a «una historia de la Institución pontificia, con el acento puesto en el ejercicio del Primado papal» (p.7).

Conviene saber que el libro —a mi entender— no debe leerse buscando erudición florida: en este sentido mejor sería tomar entre manos otros grandes «bouquins» sobradamente conocidos por los especialistas. Orlandis, aquí y ahora, habla «ex abundantia cordis», escribe lo que le brota, conversa consigo mismo y es una gran gozada escuchar este íntimo diálogo del maestro.

El libro se organiza en veinte capítulos. Desde el Primado de Pedro, contemplado sobre sus fundamentos escriturísticos, se sale del umbral materno de la primitiva iglesia para avanzar con presteza en medio de los tres primeros siglos de dolor y martirio, de sencillez y promesas. La libertad de la Iglesia —época de grandes concilios ecuménicos— vuelca la actividad pontificia a la sombra benefactora del Imperio Bizantino con azares de humana debilidad y avatares de gloria que culminan en Gregorio Magno. Con el ocaso del Imperio de oriente surgirá luego el protagonismo de la Cristiandad Carolingia y el vuelco hacia el occidente europeo. La época de Nicolás I amasa luces de